

Agustín Blánquez

Diccionario
latino-español



NOTA A ESTA EDICIÓN

Dispuesto ahora en un solo volumen, esta edición del *Diccionario latino-español* de Agustín Blánquez Fraile reproduce fielmente la quinta y definitiva edición de la obra, con la tipografía y la paginación originales. Nos encontramos, en verdad, ante la recuperación de un clásico, pero también es la renovada puesta en circulación de un instrumento que ha mostrado sobradamente su eficacia.

Cinco ediciones de este *Diccionario latino-español*, aparecidas desde que vio la luz por primera vez en 1946 —ya va para setenta años—, son la prueba cierta del brillante camino que ha recorrido hasta convertirse en una referencia fundamental para varias generaciones de especialistas, estudiantes o curiosos interesados en la lengua latina, a la altura e incluso por encima de sus pares europeos como el *Dictionnaire latin-français* de Félix Gaffiot. Azares editoriales en los últimos años hicieron que la obra viviera tiempos de incertidumbre: acaso podía encontrarse algún ejemplar en bibliotecas públicas de cierta entidad, en colecciones privadas, muchas veces heredado de estudiosos de décadas anteriores, o, con suerte, en el mercado de lance. Ahora, sin embargo, para regocijo de todos los amantes de la lengua y para los estudiantes de clásicas, y quizá como un destino ineludible, recalca en el prestigioso fondo editorial de Gredos, principal (y casi única) referencia en español de la cultura grecolatina, junto a la Biblioteca Clásica o a grandes hitos de la lexicografía española, como el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner, y el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, de Joan Coromines y José Antonio Pascual. Por fortuna, el *Diccionario* parece tener asegurado su presente y su futuro.

En la *Justificación* incluida a modo de prólogo en la primera edición, el autor declara la intención didáctica que le ha guiado en la redacción del *Diccionario latino-español*. Este carácter se percibe a primera vista en la claridad del estilo, conciso pero a la vez cercano al lector, y en el orden en la disposición de la información; pero la obra que nos ocupa supera con creces a los repertorios dirigidos a estudiantes en cuanto a la riqueza de los materiales aportados. La selección léxica es amplísima, abarcando no solo el léxico común, sino también numerosos nombres propios de lugar, de personajes mitológicos o históricos, etc., imprescindibles para la interpretación de los textos latinos, de modo que el usuario raramente se ve defraudado en la consulta. Resulta de gran utilidad que se hayan incluido de forma exhaustiva las cantidades vocálicas de los lemas estudiados y es especialmente enriquecedora la incorporación —cuando es necesario— de la etimología de las voces, tanto la de derivados o compuestos a partir de términos latinos, como la de las palabras procedentes de lenguas ajenas al latín, sobre todo del griego. A estas informaciones se añaden numerosas marcas gramaticales o de nivel o ámbito de uso.

Más allá de estas cualidades, el principal rasgo distintivo del *Diccionario latino-español* de Agustín Blánquez es la abundantísima presencia de citas textuales, con indicación del autor correspondiente, que hacen de esta obra un verdadero tesoro o corpus textual de la lengua latina. Preceden,

además, al cuerpo principal del *Diccionario* útiles informaciones que complementan el contenido de las entradas: lista de obras y autores citados en él, síntesis bio-bibliográficas de los principales autores latinos, un resumen de prosodia y métrica latinas, calendario romano, monedas, pesas y medidas, y otras noticias.

A buen seguro, este *Diccionario latino-español* gozará a partir de ahora de la buena acogida que ha tenido desde su primera edición, y seguirá cumpliendo la importante misión social que sin duda le encomendó su autor, la de ser un instrumento para profundizar en el conocimiento de la lengua madre y de la cultura latina en general, que es el origen y fundamento de la nuestra.

PRÓLOGO

Desde que, en los albores de nuestra Era Cristiana, triunfó la lengua del Lacio sobre las que, a la sazón, hablábanse en la Península Ibérica, hubo siempre en ella escritores que la utilizaron para exteriorizar su pensamiento con toda claridad y exactitud, a pesar de que nuestros primeros maestros no fueron precisamente distinguidos patricios, sino, más bien, rudos soldados y sencillos campesinos; «sermo rusticus», que perfeccionado más tarde por el «sermo nobilis» de un Horacio o un Cicerón, resultaría inmejorable instrumento en las manos de un Séneca o un Marcial. Víctima, sin embargo, de las vicisitudes de los tiempos, degeneró en momentos de decadencia, evolucionó con el uso y aceptó influencias extrañas, hasta formar, al propio tiempo que las demás neolatinas, la lengua castellana que hoy hablan muchos millones de familias en todas las latitudes terrestres. Bastaría tener esto en cuenta para comprender el gran servicio que el conocimiento de la lengua latina puede prestar a todo español que pretenda expresar correctamente sus ideas distinguiendo por sí mismo el neologismo injustificado, la preposición inadecuada, locuciones largas, de dudoso sentido que pueden ser sustituidas por otras más breves y más propias, absurdas formas verbales y aun la invención de verbos enteros tan reprobables como *tensar*, *explosionar*; inadmisibles para cualquier latinista celoso de un castellano puro y limpio. El erudito, por su parte, estimará en todo cuanto vale la copiosa producción literaria del pueblo romano, sin olvidar que, durante muchos siglos, tanto en Roma como fuera de ella, la producción bibliográfica no se servía de otro idioma en el mundo civilizado: se empleaba como lengua internacional, para la documentación notarial y diplomática, y de tal modo se hizo común a toda Europa que, aun en lenguas tan alejadas del grupo greco-latino como las anglosajonas, se advierte la existencia de un gran porcentaje de voces de tal procedencia. Escritores ingleses hay que tienen a gala componer sus obras a base de un léxico de origen principalmente latino.

Tanto el autor de la obra como el de estas consideraciones, nos hemos visto siempre sorprendidos por la repugnancia de ciertos elementos hacia el estudio del latín, que califican de «*lengua muerta*» y, por ende, «*inútil*», llegando al extremo de pretender la supresión de su enseñanza. ¡No se comprende el calificativo de «muerta» para una lengua que *vive* en tantas otras, ni el concepto de «inútil» para un medio de expresión del contenido de tantas almas! ¿Cómo explicarse —decía uno de nuestros maestros universitarios— que la elevación cultural aumente con la vuelta a los estudios clásicos, característica constante de todos los renacimientos? El léxico latino, juntamente con el griego, es tan completo que podría afirmarse que agota la expresión, en la forma que le es peculiar, de cuantas ideas puede concebir la mente humana; expresiones tan próximas aún a ese tronco lingüístico que denominamos «ario» por llamarlo de alguna manera, que conservan su más inconfundible significación, tanto en la parte radical como en los componentes, variaciones flexivas, características de tiempo, voz y modo, en el verbo; de género y caso, en el nombre, y de número en ambos; ideas sustantivas, básicas como en el verbo, o simplemente nominales, modificables por otras de carácter adjetivo, circunstancial como el afijo o la preposición, que encierran un valor que no debe desconocerse si se

pretende proferir una expresión correcta y justa del pensamiento. Tan sólo personas ajenas al conocimiento de las lenguas clásicas pueden emplear frases tan impropias como ésta: «consiguió su *objetivo a través* de un sacerdote...», desconociendo, evidentemente, la verdadera significación contenida en la locución prepositiva «a través de», circunstancia de lugar o tiempo, nunca de medio o instrumento (trans, versus), como se desconoce el valor modificativo del sufijo que aplican injustificadamente al sustantivo «objeto». Del mismo modo se confunden con frecuencia instrucción, cultura y educación; respeto, temor y miedo; ciencia y sabiduría; ignorancia, necedad, inocencia, etc.; y tantos otros conceptos que la lengua latina puntualiza con exactitud. Un léxico abundante, formado de dicciones claras por su sencillez, exactas con su significación, facilita la noción de las ideas, y, consecuentemente recto el juicio, da como resultado un raciocinio justo y elevado modo de pensar; la mente en tal grado alimentada hállase en condiciones altamente favorables para fomentar la Ciencia y descubrir la Verdad, fuente inagotable de belleza por cuanto es la Belleza misma. Y cuando llega a sentirla y amarla, podrá el sujeto así elevado convertirse en autor (augeo) y ejecutar o dar realidad a la obra que concibió por ministerio de la Palabra. La forma sensible en que habrá de ser realizado es obra de las Musas.

En una especie de prólogo que precede a la primera edición de su «Diccionario latino-español», titulado por su autor «Justificación», como si en lugar de una obra de reconocido mérito se tratase de un presunto delito, explica cómo su propósito consistió en llenar sencillamente una necesidad docente sentida por el público estudiantil, lo que piensa haber conseguido, aunque *imperfectamente*, según él. Expone luego su plan de trabajo y dice: «Me propuse ordenar y escalonar la acepción de voces de acuerdo con la evolución en su significación, siguiendo cronológicamente los periodos de la cultura latina, desde la época arcaica hasta los tiempos medios y vulgares; desde la significación normal de la palabra a su empleo tropológico y figurado». Abundando en estas mismas ideas, presenta esta edición, corregida, ampliada y adicionada con unas Síntesis de Prosodia y Métrica latinas, que conjuntamente con las de Morfología y Sintaxis, que van en el Diccionario español-latino, completan así una breve Gramática Latina, muy útil sin duda a cuantos necesiten o deseen reverdecer sus conocimientos gramaticales de la Lengua del Lacio. Fácilmente se comprende que obra así concebida y lograda, ha de rebasar los límites de un diccionario escolar. Sería necesario, para que la obra fuese perfecta, estudiar vocablo por vocablo hasta establecer de modo inequívoco su etimología, llegando en un estudio comparativo a fijar la raíz. No podríamos pedir que su labor lexicográfica abarcara a la perfección todo ese campo lingüístico; ha logrado con creces cuanto se había propuesto, por lo que todo el que se interese en estudios latinos debe estarle agradecido. Permítasenos, sin embargo, alguna consideración más sobre la utilidad del estudio del latín y conocimiento de la cultura clásica.

La investigación encabezada por el conocimiento de la lengua latina no sólo proporcionará claridad y exactitud en la expresión de las ideas, aumentando su número por la riqueza de su vocabulario, sino que, como lógica consecuencia, pondrá al estudioso en contacto directo con la abundante producción literaria existente en tal idioma; el estudio comparativo con el griego y el sánscrito, que se haría imprescindible, además de hacerle pensar en la unificación de sus textos gramaticales, y ya que sólo rasgos fisionómicos diferenciales coinciden en lo fundamental, al fijar las formas de las raíces primitivas, deduciríanse posibles formas lingüísticas desaparecidas, que sirvieron de base a las existentes, las arcaicas cuando menos, y quién sabe si, ampliando el estudio comparativo a otras lenguas flexivas, no llegaría incluso a descubrirse en su ascenso genealógico alguna coincidencia en el tiempo con las aglutinantes y aun con las monosilábicas.

Aún se nos antoja que el estudio a fondo del lenguaje humano, juntamente con el de sus creencias, pueda constituir el documento vivo de más valía para el conocimiento de la Prehistoria. Labor colectiva para mucho tiempo y múltiples personas que lo convertirían en anónimo, pero determinante de cultura; labor universitaria, en fin, generadora de un seguro Renacimiento.

Indice

- 6 Signos convencionales y abreviaturas
- 7 Principales abreviaturas usadas por los autores latinos
- 8 Lista de obras y autores citados en este diccionario
- 14 Lista de autores por siglos
 - 14 Antes del nacimiento de J. C.
 - 14 Después del nacimiento de J. C.
- 16 Síntesis bio-bibliográfica de los principales autores latinos citados en este diccionario
- 25 Prosodia latina
 - 25 Reglas generales
 - 26 Cantidad de las vocales finales
 - 26 Sílabas finales en «s»
 - 27 Incremento
 - 27 Incremento de los nombres
 - 27 Incremento de los verbos
 - 28 Cantidad de las palabras derivadas
 - 28 Cantidad de las palabras compuestas
- 29 Métrica latina
 - 29 Elementos del verso latino
 - 29 Elementos del pie
 - 30 Anacrusis y base
 - 30 La elisión y la sílaba final de verso
 - 31 Figuras poéticas
 - 31 Principales versos latinos
 - 31 Exámetro
 - 32 Pentámetro
 - 32 Otros versos del ritmo dactílico
 - 32 Ritmo yámbico
 - 33 Ritmo trocaico
 - 33 Ritmo logaédico
 - 35 Calendario romano
 - 36 Correspondencia del calendario romano con el nuestro
 - 37 Monedas, pesas y medidas
 - 39 Diccionario latino-español